



GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:

JOSE F. ARQUER

PARSIFAL

Ópera en tres actos, divididos en seis cuadros, libreto y música de Ricardo Wagner.

Esta ópera se estrenó en Bayreuth el 28 de julio de 1882. y en el Liceo el 31 de diciembre de 1913; habiendo sido su 55 y última representación, antes de las de la presente temporada, la del 18 de febrero de 1951

REPARTO

<i>Amfortas</i>	Hans Braun
<i>Titirel</i>	Antonio Cabanes
<i>Gurnemanz</i>	Ludwig Hofmann
<i>Parsifal</i>	Max Lorenz
<i>Klingsor</i>	Heinrich Pflanzl
<i>Kundry</i>	Aga Joesten
<i>Caballeros del Graal</i>	Pedro Mercader
	Jacinto Santamaría
	Pilar Torres
<i>Escuderos</i>	Margarita Goller
	Diego Monjo
	Esteban Recasens
	Pilar Tello
	Marcela Latorre
<i>Las muchachas flores</i>	Pilar Torres
	María Rosa Ester
	Margarita Feigl
	Rosario Gómez

Coro general

Cuerpo de baile

Maestro Director:
GEORGE SEBASTIAN

Regidor de escena:
P. WALTER JACOB

Maestro de coro:
JOSÉ ANGLADA

Coreógrafo y maestro de baile:
JUAN MAGRIÑA

Decorados de Vilomara, Junyent y Mestres Cabanes.

ARGUMENTO

Lugar de la acción: En el «Monsalvat», en el castillo del Graal y en el de Klingsor.

Época de la misma: Edad Media.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO.— *En un claro del bosque de la región del Graal*, descansa el anciano, pero aun vigoroso caballero del Graal, Gurnemanz, con los jóvenes escuderos. Cuando al amanecer suena el toque de alba desde el castillo, Gurnemanz es el primero en despertarse; llama a los jóvenes y los tres se prosternan para rezar su oración matutina. Luego los pajes van hacia el lago para preparar el baño de Amfortas, el rey malherido del Graal; Kundry, la enigmática y servicial mensajera de los caballeros del Graal, llega corriendo; trae de lejos un remedio para curar la herida incurable del rey. Amfortas mismo, el rey enfermo, es llevado ahora en unas andas a orillas del lago. Le refortalece el aire fresco del bosque después de la noche transcurrida entre dolores e insomnio. Cuando quiere agradecer a Kundry por sus servicios, ésta rehusa toda clase de agradecimiento, y Amfortas es conducido hasta el lago acompañado por los caballeros. Los escuderos permanecen junto a Gurnemanz, que sigue con la vista turbada al rey enfermo, perdiéndose luego en sus recuerdos, en aquellos días en que Titurel, el héroe piadoso, padre de Amfortas, construyó el castillo y fundó la orden del sagrado Graal. En una noche imborrable, Titurel recibió de manos de los ángeles el cáliz sagrado de la Última Cena, el Graal, en el que se recogió luego la preciosa sangre del Redentor, y al mismo tiempo le fué entregada la lanza con la que se le hirió e hizo brotar la sangre sagrada. Para ambas reliquias Titurel construyó «Monsalvat», y reunió a su alrededor aquel grupo de caballeros libres de pecado, que obtuvieron del Graal fuerzas mágicas para acometer hechos sublimes de salvación. Un impío, Klingsor, que habitaba más allá de las montañas, trató por todos los medios de formar parte de la orden de Graal. Pero a causa de sus pecados fué rechazado por Titurel. Su ira hizo recurrir al encantamiento infernal. Si no podía servir a Graal, trataría de destruir su templo. Con mano mágica creó un jardín de encantos, en el que las mujeres más bellas y maravillosas debían seducir y corromper a los caballeros del Graal. Cuando Amfortas se hizo cargo del reino de Graal como sucesor del anciano Titurel, inició armado de la lanza sagrada, una campaña para combatir al mago. Mas al llegar cerca del castillo de Klingsor, el rey fué atraído por una mujer de belleza fascinadora. Así fué como Klingsor pudo apoderarse de la lanza sagrada, para herir con ella a Amfortas, quien, casi moribundo, fué salvado por la intervención de Gurnemanz. Pero la lanza permaneció en manos de Klingsor, quien la levanta ahora contra los caballeros del Graal, amenazando hasta a la misma reliquia. Amfortas pasa su vida entre sufrimientos terribles; sólo tocando la llaga con la lanza podría ser cerrada la horrible herida, y sus dolores se acrecientan y tornan insufribles cuando descubre el cáliz sagrado, al oficiar como sacerdote supremo de la orden del Graal. Sólo una pequeña lumbre de esperanza aclara la noche de sus dolores; cuando, en un tiempo Amfortas rogara entre sufrimientos, orando por su salvación, se desprendió un rayo desde el Graal, y una voz celestial le anunció la posible salvación: «Espera al puro e inocente que ganará la sabiduría por mera compasión. El es el elegido. Todo esto lo relata Gurnemanz, cuando un cisne, uno de los animales agrados del recinto, que pasa volando, se desploma moribundo al suelo. Caballeros y escuderos traen al cazador culpable. No sabe que los animales del bosque son sagrados, no sabe quien fué su padre, no conoce su patria, ni su propio nombre; ¡en verdad he aquí a un puro e inocente! Sólo sabe que su madre, de la que huyó, se llamaba «corazón doliente» (Herzeleide). Y cuando Kundry le informa de que su madre falleció de pena por la desaparición de su hijo, Gurnemanz logra salvarla a duras penas de las manos del muchacho, que la quiere estrangular. Mas Kundry devuelve el bien por el mal, yendo hasta la fuente para buscar en sus manos el agua que ha de reponerlo, pues el muchacho ha caído al suelo, emocionado al oír el relato de Kundry. Luego éste se arrastra con dificultad hacia el bosque. «Ha llegado la hora», se entrega a

aquel sueño, especie de sopor parecido a la muerte, estado en que la encontró en un tiempo, Titurel y luego también Gurnemanz después de la pérdida de la lanza sagrada. Gurnemanz espera, después de todo lo que oyó y vió del muchacho, que éste sea el «puro e inocente» prometido al rey. Con este fin lo lleva hacia el castillo del Graal, cuando el rey vuelve del lago, después de tomar un baño. El bosque desaparece, ambos son rodeados por enormes rocas, acercándose pausadamente al castillo, al son de las campanas del templo.

CUADRO SEGUNDO.— *En el santuario del Graal* se reúnen los caballeros para la Santa Cena. También Titurel, el anciano padre de Amfortas, asiste a la ceremonia desde un nicho, en el que vive esperando a la muerte y alimentando por la fuerza sagrada del Graal. Cuando Amfortas, el rey sacerdote, quiere negarse a descubrir la Santa Reliquia porque esta ceremonia suprema hace aumentar sus sufrimientos terribles, la voz de Titurel ordena el cumplimiento del rito, y el rey, obedeciendo a su padre, se incorpora para celebrar el Sagrado Agape. En tanto que se escuchan cantos celestiales provenientes de la cúpula, Amfortas se dispone a descubrir al Santo Graal, que reluce sobrenaturalmente. Moviendo el cáliz lentamente en todas direcciones hacia los caballeros prosternados, Amfortas consagra el pan y el vino de la Santa Cena. También el muchacho inocente, al que Gurnemanz llevó a la ceremonia, contempla admirado el misterio; más, sumamente emocionado por los sufrimientos de Amfortas, se olvida de plantear la pregunta salvadora. Gurnemanz, cuajado y creyendo que la sorpresa muda de su protegido sólo significa incompreensión del misterio, lo expulsa del templo, mientras desde la cúpula se oye la voz que repite la promesa de salvación.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO.— *desde la torre mágica de Klingsor*, éste ve acercarse al muchacho puro e inocente que Gurnemanz acaba de expulsar del castillo. Para seducirlo, evitando así para siempre la salvación de Amfortas, Klingsor llama a Kundry, de cuyo sueño letárgico sólo el mago la puede despertar. Esta misteriosa e indescifrable criatura vive bajo una maldición de la que sólo puede ser salvada mediante el amor puro. En un tiempo prorrumpió en risas al ver caer a Cristo bajo el peso de la cruz al subir al Gólgota, siendo por eso condenada a errar eternamente. Kundry, que ya obligó a muchos caballeros a ceder ante sus encantos, fué también la que permitió que Klingsor se apoderara de la lanza sagrada mientras seducía a Amfortas; es Kundry un tenebroso ser dualista; sirve allá como penitente a los caballeros del Graal, y aquí como seductora al poder mágico de Klingsor. Ha de seducir también al puro e inocente que se acerca. Es inútil que Kundry se resista; ya se acerca el muchacho ingenuo y ella ha caído bajo el poder de la magia, de la maldición de Klingsor.

CUADRO SEGUNDO.— El joven expulsado del Graal por Gurnemanz, ha penetrado en el jardín encantado de Klingsor; ha vencido fácilmente a los seducidos caballeros del Graal que Klingsor le oponía como guardianes y defensores de su reino, y ahora se encuentra rodeado por una vegetación exuberante; un jardín encantado con su gran cantidad de flores de todos colores y aromas embriagadores. De todos lados llegan las muchachas-flores, las flores-vientes que lo envuelven con sus cantos y danzas. El muchacho quiere huir, abrirse paso, cuando se hace oír la voz de Kundry: «¡Parsifal, espera!» Y el nombre despierta en él el recuerdo de su madre, de la que lo oyó en un tiempo. En un lecho de flores ve ahora a Kundry, maravillosamente transformada en la hermosa, en la seductora mujer que mediante el recuerdo de la madre quiere despertar, en el casto e inocente muchacho, el primer amor hacia la mujer. Más cuando ella lo acaricia, Parsifal es preso de una gran turbación, y reconoce de pronto su verdadero designio; adivina que su único deber, es llevar la salvación a Amfortas. Kundry admira al joven héroe, el primero que se atreve a rechazarla. También ella espera la salvación de él, pero en la red de la magia de Klingsor, cree encontrarla entregándose como mujer. Quiere amarlo sin reparos a cambio de un abrazo del amado ella, que se burló en otros tiempos del redentor, quiere sacrificar la paz de su alma...; más Parsifal le promete la salvación por otro medio que por el placer, y loca de amor, herida en su orgullo, Kundry maldice a Parsifal que la des-

deña, y llama a su amo y maestro en su auxilio. Klingsor arroja la lanza milagrosa contra Parsifal. Más la lanza queda pendiente en el aire por encima de la cabeza del inocente puro que ahora adquirió la sabiduría por la compasión. Parsifal toma la lanza y cuando hace con ella la señal de la cruz, desaparece el castillo encantado de Klingsor; la cabeza voluptuosa del jardín se transforma en desierto, en el suelo quedan las flores marchitas y Parsifal dirige otra vez la mirada hacia Kundry: «¡Tú sabes donde sólo me podrás encontrar de nuevo!»

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO.— *En una región del territorio del Graal, Gurnemanz halla en la mañana del Viernes Santo a Kundry, y la despierta de su sueño letárgico. Se le aparece transformada, hasta camina de modo diferente; ¿es la gracia sin par del día santo que la transformó también a ella? Pero otro huésped inesperado llega hasta Gurnemanz: un caballero con negra armadura y con la visera del yelmo cerrada. Gurnemanz le recuerda que es día santo y le invita a depositar las armas. Y cuando el caballero desconocido obedece y se arrodilla con veneración ante la lanza sagrada, Gurnemanz le reconoce; o Parsifal que ahora, a su vez, reconoce al anciano caballero del Graal y le relata los sufrimientos de sus viajes errantes causados por la maldición que le persiguió. Y ahora que ha alcanzado por fin el reino del Graal, debe enterarse del estado lamentable en que se halla la orden del templo sagrado. Después de aquel servicio que Parsifal presenció inocente, sin comprender su significación, Amfortas rechazó oficiar la Santa Cena. De esta manera falleció su padre Titurel, al no poder ver más al Graal. Cada uno de los caballeros tiene que buscar las hierbas y raíces necesarias para su alimento, como lo suelen hacer las bestias. Parsifal, al enterarse de la triste situación de la orden del Graal, al oír que hoy por última vez Amfortas quiere descubrir el Cáliz Sagrado en la ceremonia fúnebre del Titurel, se acusa a sí mismo de ser el culpable de toda esa miseria. Presa del arrepentimiento y falta de fuerzas, se deja caer al suelo junto a la fuente del bosque. Kundry lava entonces, con el agua sagrada, los pies del peregrino, secándolos con su pelo y Gurnemanz, conforme a la profecía, lo proclama rey del Graal ungiéndole con aceite bendecido. El primer acto del nuevo rey es el bautismo de la purificada Kundry, y mientras los «encantos del viernes santo» repercuten sobre toda la naturaleza, Parsifal da el beso purificador a la penitente. Las campanas del templo llaman al oficio fúnebre de Titurel y, como antaño, Parsifal es llevado por Gurnemanz hacia el santuario, y asciende, seguidos por Kundry, hacia los muros del castillo.*

CUADRO SEGUNDO.— *En el santuario del Graal, el cortejo fúnebre de Titurel se cruza con el de los caballeros que llevan al moribundo Amfortas al altar. Amfortas se arrodilla ante el féretro abierto del padre y ruega por la redención. Tampoco hoy quiere descubrir la reliquia santa para el oficio mortuario. Quiere morir, para así terminar su martirio. ¡Que los caballeros, cuya petición de descubrir el santo Graal no cumple, hundan las espadas en su herida incurable! En este momento aparece Parsifal y toca la herida con la punta de la lanza sagrada cerrándola; Amfortas está salvado y Parsifal ocupará de aquí en adelante su lugar. Asciende las gradas del altar, descubre al Graal, que se ilumina, y con él bendice a los caballeros de la Orden. Con la mirada fija en Parsifal, Kundry cae lentamente al suelo muerta, pero redimida, Amfortas y Gurnemanz se arrodillan ante Parsifal, sobre cuya cabeza descende la paloma del Espíritu Santo, emblema del Graal.*

